

Por deseo de M^a Pilar Deza, esposa de mi hijo Bernardo, voy a procurar recordar lo que pasamos en nuestro veraneo que duró veintitrés meses.

Salimos en un taxi de Huesca el día 2 de julio de 1936, la madre, la hermana de mi marido y mis cuatro hijos, Clotilde de once años, José Enrique de nueve, Bernardo de siete y Ramón de tres, y dos muchachas.

La noche anterior de salir, escuche una conversación de la cocinera con la portera, que hablaban de una sublevación que se estaba preparando para la *“igualdad y fuera el capitalismo”*, esto me sirvió para saber como pensaba la cocinera y en el momento que sucediera algo saber a qué atenernos.

Llegamos a Sarvisé donde ya habíamos veraneado otros años y nos instalamos en la casa llamada “de Don Blas”, una de las mejores del pueblo. Los primeros días los pasamos relativamente tranquilos, pero la gente se veía preocupada. En la tienda del pueblo me saludó un hermano del médico Artero, - que tanto bien hizo en Huesca - que estaba con unos amigos, me explicó que la cosa estaba muy mal y que algo iba a pasar en pocos días, yo le dije que deseaba que de una manera u otra se arreglara todo pues con esa incertidumbre no se podía vivir. Fui con cuidado con lo que decía, pues sabía que él no pensaba como nosotros.

Pasamos unos días de intranquilidad siempre con el miedo de lo que podía suceder y así llegó el dieciocho de julio, nos enteramos enseguida por la radio de lo ocurrido, pero no creímos nunca que tuviera las consecuencias que tuvo.

No recuerdo bien el día que empezamos a ver milicianos por el pueblo, uno de los días llegó el novio de la cocinera que era uno de los cabecillas del pueblo de Grañen y dijo que ahora *“el dinero no valía nada”* y que se llevaba a su novia y a la otra muchacha. Yo le dije que lo encontraba natural y lo traté de la mejor manera. Comió en casa y después de comer y de darles a las muchachas algo del poco dinero que teníamos, marcharon los tres dejándonos bien tranquilos, pues como sabíamos su manera de pensar no podíamos hablar con tranquilidad.

Una vez estallada la guerra, nos quedamos incomunicados con mi marido y demás familia que estaba en Huesca. Los días fueron pasando y llegó el invierno, en el pueblo escaseaba la leche y los chicos mayores marchaban en el coche de línea a Broto, allí la compraban y volvían a pie los tres kilómetros hiciera buen tiempo o malo.

Yo estaba con una ulcera de estomago, que me molestaba con frecuencia, pero había que hacer frente a lo que llegara.

En la casa donde vivíamos, empezaban a no estar conforme con que estuviéramos allí, nos tasaban la leña para la cocinilla y nos la daban recién cortada, por tanto no había forma de que prendiera bien. Tuvimos la suerte de que el criado que tenían, que era portugués, el año anterior había tenido una herida en la pierna y mi marido se la había curado hasta que la tuvo bien. Éste, en agradecimiento, nos guardaba sin que se enteraran los amos de la casa teas para que prendiera bien el fuego y leña seca; venía por la cocina y me decía: *“señora, mañana temprano vaya a la leñera y debajo de la vacia del tocino le dejo buena leña, ponga primero esa en la canasta y encima la que les deja el amo recién cortada.”* Otras veces me traía pinochas y hacia que las escondiera aunque fuera debajo de la cama... Así pasaron días, meses.

En Broto estaban unos amigos nuestros, que era el maestro y viendo lo que estábamos pasando, nos ayudaron. Una vez nos trajeron unos embutidos que habían hecho con un menudo de ternera, que nos supieron a gloria, y me dijeron que si yo podía conseguir un menudo, ella me haría el embutido. Al día siguiente marché a Broto, donde estaba el matadero y fui a ver si conseguía el menudo, llegué con mala suerte, pues hasta dos días después no había mataba.

Al salir del matadero, note que alguien me seguía, yo horrorizada de miedo, pues en cualquier momento podía ocurrir algo, adelanté el paso, pero el que iba detrás me dijo, “*¿no es usted la señora de Arizón?*”, por la manera de decírmelo, comprendí que era de los nuestros, aflojé el paso y sin detenerme me fue diciendo, “*vaya a la calle... - no recuerdo el nombre -, y en el portal número seis, entre, encontrará en una silla un paquete colgado, cójalo procurando que nadie le vea*”. Así lo hice y al llegar a Sarvisé me encontré con casi medio ternasco, excuso decir la alegría que tuve de poder dar a mis hijos carne tan buena. Fue lástima que se llevaran el matadero de Broto pues de haber seguido allí, algo nos hubieran dado.

Cada vez iban escaseando mas las cosas de comer, sobre todo el pan que era tan preciso y el jabón. Recuerdo que veraneaba un farmacéutico, que con mucha paciencia, con la ceniza de la leña quemada en los hogares y no sé qué otras cosas, hacía una pasta gelatinosa que empleábamos como jabón y hasta salía espuma algunas veces.

Pasaban los días con algún que otro sobresalto, al señor cura lo tenían ocultado en algún sitio seguro hasta que pudieran trasladarlo por el monte a Francia, pues varias veces registraron el pueblo con intención de llevarse al cura. Por fin supimos que ya estaba fuera de España. De estas noticias nos enterábamos por los encargados del molino que eran de los nuestros.

Llegó el mes de septiembre y como sabíamos lo que esto iba a durar, decidí mandar a los niños a la escuela, hablé con la maestra que no me puso ningún inconveniente y empezaron a ir a clase todos los días, pero llegó a la escuela un grupo de milicianos y se llevaron a la maestra y su madre de ochenta años, después de unos días nos enteramos que habían matado a las dos, esto nos horrorizaba ya que estaban siempre amenazando.

Cada día se veía más gente rara vestida con monos verdes a los que llamaban “aguiluchos”.

No recuerdo bien el día, pero sería en el mes de septiembre cuando llegaron unos milicianos a las nueve de la noche, diciéndome que fuera con ellos, que alguien quería hablar conmigo. Me metieron en una habitación donde estaban varios milicianos sentados alrededor de una mesa y me preguntaron: ¿Dónde había estado ese día y si llevaba ese mismo vestido? Yo les dije que sólo había estado en la tienda comprando, entonces se pusieron a hablar entre ellos, diciéndome que podía marchar, puesto que se había tratado de una equivocación. Al salir no pude menos de decirles que podían haberme evitado el susto.

Teníamos una amiga de Tudela que estaba en casa de unos parientes del pueblo en cuya casa no escaseaban de nada, así que ella nos traía lo que podía. Un día llegó a la cocina y vio a mis hijos en la mesa de la cocina, con un plato cada uno, dónde quedaba un poco de aceite, de haber frito unas morcillas – regalo de alguna casa del pueblo -, les preguntó “*¿qué hacéis aquí?*”, a lo que yo contesté: “*Esperar a ver si tienen un poco de pan para recoger ese aceite*”; no quiso oír más y se marchó, al poco rato regresó con un gran trozo de pan con el que los niños pudieron dejar bien limpio el plato.

En la casa donde estábamos hacían calderada todos los días para los tocinos y ponían las patatas pequeñas, mis hijos iban con un palo largo y pinchaban alguna patata que se comían bien satisfechos, cuando lo veían les alborotaban, pero ellos no hacían caso y en cuanto se descuidaban volvían a por más.

En el mismo pueblo pasaban el verano una hermana mía con su marido y los hijos, al marido no se puede decir de qué partido era, pero con los rojos no estaba bien considerado, así que por precaución se fue a Barcelona. Como mi hermana era profesora de la Escuela Normal, en vista de que los chicos se quedaban sin maestra, les daba ella algún rato de clase.

Pasaban los días y los meses y cada vez íbamos peor de alimentos. Un día me encontré con un médico cuando iba a buscar pan a una casa que sabía habían amasado, me preguntó que dónde iba a esas horas, pues yo desde que me dieron el susto de aquella noche, después de las ocho de la noche en invierno ya no salía de casa, al decirle lo que iba a buscar, me dijo que procurara que no me viera nadie y entrara en el portal donde tenían el Hospital y que cogiera un paquete que estaba encima de una silla, así lo hice, encontré no sólo un pan sino algo más, no recuerdo el qué, pero era algo que nos vino muy bien.

Otro día me encontré con un miliciano que llevaba un libro de francés, estaba en el portal del lavadero de nuestra casa; sin saber como, empezó la conversación y al ver a los niños les dijo si querían que les diera un rato de clase de francés, a los chicos les pareció bien y a mi también, por lo que a las cuatro de la tarde venía a casa y estaba un buen rato con ellos. Yo observaba lo que les decía y por lo que oía, comprendí que era de los nuestros. Al ver que el pan lo llevábamos escaso, me dijo: *“no se preocupe, señora, que yo procuraré traerle algún chusco de los que nos dan a nosotros, se les diré a los compañeros y no empezaremos más que los que necesitamos nosotros y les traeremos los que queden enteros”*, así lo hizo. Otro día, al ver que los niños llevaban cuerdas en vez de cordones en las botas, les dijo: *“mañana os traeré unos cordones”*, y así fue, pues al día siguiente se los trajo junto con un paquete de caramelos. Al ver lo bien que se portó le dije si podía yo hacer algo y me contestó que le vendría muy bien una chaqueta de punto gruesa, pues pasaba mucho frío, al decirle que se la haría, me trajo un montón de madejas de lana azul, con lo que le hice la chaqueta rápidamente. Sobró bastante lana con lo que le hice otra chaqueta al pequeño que le vino muy bien pues el pobre iba casi de verano.

No puedo menos de recordar lo buenos que fueron todos los del pueblo con nosotros, el médico de Broto cuando venía a Sarvisé no dejaba de pasar por casa para ver como estaba mi hija que tuvo una especie de enfermedad al hígado, por lo que le recomendaron un plan de comidas que hubiera sido imposible sin la ayuda de una casa del pueblo donde comían los jefes de los milicianos, como ellos tenían ternera todos los días, la dueña de la casa me dijo: *“no se apure, yo todos los días le guardaré la carne que necesita. Un día les haré albóndigas, otro día en guiso con verduras, así les escamoteare lo que tiene que comer su hija”*. En otra casa nos daban los corazones de las patatas, yo no sabía lo que era eso y resulta que era lo que quedaba de la patata después de quitar lo bueno para sembrar. En otra casa sembraron judías y nos daban la verdura que necesitábamos. Cuando amasaban, que lo hacían en todas las casas, siempre nos daban una “torta prima”, se llama así porque es la primera que sacan del horno.

La gente del pueblo se enteró de que yo había recibido noticias por la Cruz Roja de la parte nacional, vinieron a pedirme que escribiera a la Cruz Roja para poder tener ellos noticias de sus familiares que estaban en la otra zona. Yo lo hacía con gusto, ellos agradecidos me daban algo que siempre venía bien. En aquellos días yo hacía todo lo que sabía, cosí trajecitos para niños, hice jerseys para recién nacidos, para alguno mayor trajes pantalón, ayudábamos a sembrar patatas, judías, maíz, en los portales de las casas desgranábamos maíz, donde nos daban una buena merienda para todos los que habíamos ayudado. Excuso decir que ayudábamos todos. Un día fui a llevar un jersey a una casa y se empeñaron en que merendara, yo dije que tenía mucha prisa y no podía quedarme, ellos me dieron un buen trozo de jamón con el que tuvimos para comer al otro día todos.

Un día nos avisó la mujer del maestro de Broto que fuéramos a buscar algo que tenía para nosotros, fueron mis hijos pues yo tenía prohibido salir de Sarvisé y volvieron con un saco de chuscos de pan y una capaceta con alguna lata de carne de búfalo que

con patatas cocidas resultaba un plato de alimento. Ese mismo día por la tarde estaba en casa un farmacéutico de Zaragoza y al decir él que lo que mas escaseaba era el pan, yo le saqué cuatro chuscos, lo agradeció diciéndome: *“también usted los necesitará”*, entonces mi hijo el mayor le contestó: *“no, Antonio, que mamá tiene un saco en la cocina que nos han dado en Broto”*. Yo les enseñe el saco, que aunque no estaba lleno ni mucho menos, con este pan pudimos hacer sopas de leche que les gustaban mucho a mis hijos y era un buen alimento. Y así fueron pasando los días...

En la casa donde estábamos había una señora de bastante edad y como sabía por otros veranos que hacíamos unas pastas de nata, me preguntó si se las haría puesto que ella me proporcionaría todo lo necesario: huevos, azúcar, harina, etc... para que yo se las hiciera en mi cocina pues no quería que se enterara su familia; yo enseguida acepté, pues pensé que al hacerlas algo nos daría como así fue. Esto se repitió alguna vez y siempre lo hacía con gusto.

Había también una señora de Zaragoza que se llamaba Pilar Carrascón, que veraneaba cerca de nuestra casa, y cuando veía salir humo de nuestra cocina, a hora no acostumbrada, venía enseguida, pues comprendía que algo estábamos haciendo y ella también quería participar.

En el tiempo de recoger el maíz tenían costumbre en el pueblo de reunirse en el portal de las casas varios vecinos para “espinochar”, cuando se acababa la faena hacían una buena merienda que a nosotros nos servía de cena. Cuando nos enterábamos que en alguna casa lo estaban haciendo, nos acercábamos y nos aceptaban con gusto.

En tiempo de matanzas, no pasábamos necesidad, de todas las casas del pueblo (menos de dos) nos traían un buen presente que consistía en torteta, morcilla, un trozo de hígado, otro de costilla y de alguna de un buen trozo de lomo y como entonces nos encontrábamos con bastantes provisiones, poníamos algo en conserva para tener cuando lo necesitábamos. Así iban pasando los meses sin saber cuando iba a terminar.

En las primeras Navidades, los niños de la casa donde estábamos hablaban de lo que les iban a poner los Reyes y el tercero de mis hijos que todavía no sabía que fuera los padres, esperaba encontrar algo en el balcón, me costó trabajo de convencerlo de que eran los padres. Al pequeño le preparamos un caballo que era un palillero, le pusimos una cuerda y con eso fue feliz llevándolo por toda la casa.

El marido de mi hermana se fue a Barcelona a enterarse de lo que pasaba y como tardaba en volver, mi hermana fue unos días a estar con él, dejando a sus dos hijos a nuestro cuidado, y cual no sería mi sorpresa que a su vuelta nos dijo que estaba embarazada; como pudimos fuimos haciendo lo necesario para un recién nacido y con algo que le dieron de alguna casa completamos el equipo. Pasaron los nueve meses y un buen día nació el niño que gracias a Dios como en el pueblo había instalado un hospital, la atendió un médico y un practicante y todo se resolvió normalmente.

Al marido de mi hermana lo detuvieron cuando se quería pasar a los nacionales y se lo llevaron a la cárcel de Barbastro, desde allí le mandó a mi hermana una carta diciéndole que se fueran a Castejón de Monearos donde tenía él familia y estarían más seguros que en Sarvisé. Excuso decir como me quedé yo el día que ella marchó, el niño que nació, como ella no tenía casi leche, estaba a punto de morir. Antes de marchar lo bauticé por sí moría, cuando los vimos marchar tanto mis hijos como yo nos quedamos sin saber lo que les iba a suceder.

No recuerdo bien el día que vinieron a decirme que me iban a detener y que me llevarían a la cárcel de Broto, esto me lo dijo el Alcalde del pueblo que era amigo nuestro y se había enterado. Efectivamente, a las diez de la noche se presentaron dos milicianos, preguntando por mi, iban con grandes escopetones, yo sin dar muestras del miedo que estaba pasando, me fui con ellos después de dar un beso a cada uno de mis

hijos. Al preguntar la madre de mi marido que ¿dónde iba?, le dije que a Broto en coche. En la calle esperaba un camión donde vi alguna cara conocida de los nuestros que también los llevaban detenidos. En el recorrido me dijeron que habían matado a un primo hermano mío que llevaba el mismo apellido, yo pensé, lo mismo harán conmigo.

Al llegar a Broto, como la cárcel era un solo cuarto, nos llevaron al hotel, me dejaron en una habitación con guardias a la puerta. Allí estuve siete días sin poder salir de ella, por tener siempre guardia a la puerta. También estaban detenidos los farmacéuticos de Broto (Auría) que lloraban desconsoladamente, yo procuraba animarles diciéndoles que como eran bastantes los detenidos, no creía que nos pasara nada, sólo el susto. También había varios chicos de dieciséis años que nos animaban con sus chistes y buen humor.

Mis hijos venían a verme algún día. Pasado el tiempo llegó el juicio, vinieron unos milicianos de graduación, nos iban juzgando uno a uno, cuando me tocó a mi, entré serena y vi encima de la mesa un sobre con la letra de mi marido, entonces comprendí porque me habían detenido. En la carta decía que pronto nos reuniríamos y que todo marchaba bien. Me preguntaron que si conocía la letra, les dije que era la de mi marido, yo no sé quienes eran, pero se portaron muy bien y me aconsejaron lo siguiente: que procurara no salir de casa, hablar lo menos posible, que no escribiera a nadie porque podría encontrarme en algún compromiso y que no me moviera de Sarvisé hasta que pudiera volver a Huesca.

Al salir del hotel después del juicio me encontré con un señor conocido que me dijo que se quería me llevaría con su coche a Sarvisé, yo le contesté que había subido con los del pueblo y con ellos regresaría. Cogí un pequeño paquete con mi ropa y volví a mi casa más tranquila, pero siempre con el miedo de lo que podía ocurrir.

Fue pasando el tiempo, un día vino mi hija diciendo que había visto a unos milicianos con unos cuchillos muy grandes, le pregunté lo que hacían y me dijo que cortaban jamón, que en casa de Vicente les habían dejado entrar y les habían ofrecido vino, para que no les hicieran daño.

Vimos que se acercaba el triunfo de los nacionales, empezaban a pasar tropas en camiones y a verse más milicianos por el pueblo, nos enteramos de gente que habían matado por no pensar como ellos. Se llevaron al Alcalde y a cinco más de otras casas, al día siguiente nos enteramos de que los habían matado a todos, menos a uno que se hizo el muerto y cuando marcharon, se fue corriendo a refugiarse en el monte en un sitio seguro. Nos iban contando que se iban acercando al pueblo, esto nos alegraba, pero por otro lado nos horrorizaba porque no sabíamos lo que iba a pasar.

El dos de abril a las nueve de la mañana nos dieron la orden de que teníamos que marchar porque el pueblo iba a ser destruido, no sabíamos ni a dónde nos llevaban ni que iban a hacer con nosotros.

Poco después nos reunieron a todos los del pueblo, nos llevaron a la borda del Campeso, allí tomamos algo de lo que cada uno llevaba, dormimos un poco y al día siguiente muy temprano cuando empezaba a salir el soler, se escucharon ruidos tremendos y se veía como ardía todo el pueblo, las gentes lloraban desesperadas y al mismo tiempo callaban por miedo, porque nos amenazaban siempre con matarnos, igual que habían hecho con otros y muchos que encontramos muertos por el camino.

A las nueve de la mañana, emprendimos otra vez la marcha hacia Fanlo, allí cada uno se refugió donde pudo, estaba todo el pueblo vacío por lo que fue fácil encontrar sitio para alojarnos y comida que habían dejado los que se habían marchado. Nosotros nos refugiamos en una casa donde pudimos comer y dormir en cama.

Al día siguiente nos dieron la orden de marchar, yo miré lo que había de comer que pudiera llevarme, encontré huevos y una gallina que cogí sin ningún reparo y

emprendimos la marcha sin saber dónde íbamos a parar. Antes de marchar nos dieron leche y pan, lo que quisimos. Al principio la marcha fue muy agradable entre pinares y con tiempo hermoso, pero cuanto más íbamos andando, el terreno se hacía más árido, el calor sofocante. Al poco tiempo de andar, sacamos la gallina que habíamos cogido en Fanlo, hicimos fuego con intención de asarla, pero no nos la pudimos comer porque sabía a demonios.

La madre de mi marido, que era una señora de ochenta años, no podía mas, parecía que los dientes le crecían, yo tenía miedo de que le ocurriera algo, la pobre señora sólo pedía agua, que nosotros no le podíamos dar, por fin vimos un pueblo y mis hijos mayores fueron corriendo con un vaso a buscar agua para su abuela, que le reanimó un poco.

Por fin llegamos al pueblo, donde todavía vivía alguien, pudimos comer y dormir en la falsa. Yo me baje de la falsa y me puse en la cocina junto al fuego, me puse a hacer una especie de mochilas, con unos trozos de tela, aguja e hilo que encontré para que los mayores llevaran algo con más comodidad. Mientras cosía escuchaba lo que pasaría en los días sucesivos, decían que en la frontera había mucho peligro y que se quedarían muchos por allí, debido a la nieve, porque al no ser del pueblo no estaban acostumbrados al frío y no podrían pasar. Yo callaba, pero cada vez más horrorizada. Con estas noticias tan poco tranquilizadoras no pude dormir en toda la noche, viendo como mis hijos dormían tan juntitos y tranquilos con el sueño reparador, después de la gran caminata que habíamos hecho aquel día.

Al hacerse de día, empezamos a oír ruidos y conversaciones de gente que ya empezaba la marcha, la madre de mi marido estaba la pobre que apenas podía moverse, los pies tan inflamados que no podía ponerse las zapatillas, al verla que no estaba en condiciones, fui a la calle a hablar con algún miliciano, le dije lo que pasaba, que ella no podía dar ni un paso, y había que buscar algún medio para poderla llevar, me dijeron que la dejáramos allí, les conteste que si ella tenía que quedarse, nos quedábamos todos, en vista de mi decisión pusieron una caballería para poderla llevar, iban un miliciano tirando del ronzal, otro sosteniéndola, los demás sin separarnos. Llegamos a otro pueblo, donde estaban preparando la comida, había unas calderas donde ponían la carne que iban asando, mis hijos les pidieron que si podían darles algo de carne, nos dijeron que sí, comiendo cada uno lo que quiso.

Creo que desde Escalona nos montaron en un camión lleno de municiones, yo no hacia más que mirar a mis hijos para que no se movieran ni tocaran nada, pues creía que en cualquier momento podíamos explotar todos de tan lleno de metralla que iba.

Así llegamos a Lafortunada, no recuerdo bien, pero al mirar donde podíamos dormir, me vio un miliciano tan desesperada que me proporcionó una vela y una caja de cerillas. Me vino muy bien la vela para ver mejor, encontramos una bodega para dormir. Al día siguiente emprendimos la marcha, nos dieron toda la leche y pan que quisimos, mi suegra seguía sin poder caminar, por lo que uno de los jefes de la milicia nos dijo que cuando llegara algún camión lo parara y la montara, le contesté que a mí no me harían ningún caso, que era él quien tenía que pararlo. Por fin, montaron a mi suegra y mi hija mayor y al pequeño, cuando vio que se subían todos, me dijo que eso no era lo que yo le había pedido, le dije que mi suegra era completamente sorda y por fuerza tenía que ir mi hija, y mi hijo pequeño, porque estaba muy cansado de las caminatas que habíamos hecho. Mi cuñada, mi hijo y yo emprendimos la marcha a pie. Al poco rato pasó una tartana que llevaba cantaros de leche y le dije que nos dejara montar, no puso muy buena cara, diciendo que los caballos eran muy espantadizos y que en cualquier momento podíamos volcar, pero a pesar de todos nos subimos los cuatro, y dando tumbos y más tumbos llegamos a Bielsa sanos y salvos.

En Bielsa nos encontramos con mi suegra y mis dos hijos, allí estaba el farmacéutico de Ainsa, que era pariente nuestro, y al verlos llegar, los hizo entrar en una casa hasta que llegamos nosotros. Nos atendieron muy bien, nos dieron enseguida un buen caldo, pensaban que nos quedaríamos a comer, cosa que nos hubiera venido muy bien, pero al poco rato dijeron que había que marchar. Como todos íbamos muy mal calzados, dijeron que así no podíamos pasar la frontera, como en esa casa tenían un buen comercio, nos bajaron a un sótano donde habían escondido muchas cosas, allí nos calzaron a todos, así pudimos hacer la travesía con tranquilidad.

Nos montaron en un camión, pero después de unos kilómetros, el camión no podía pasar, nos bajaron a todos, dejándonos bastante lejos de las Minas de Parzán, tuvimos que andar con mucha dificultad, el pequeño me dijo “*mamá, no puedo más*”, y como yo tampoco podía, me acerqué a unos hombres que estaban haciendo trincheras y les dije si podían cogerlo pues ya veían como estábamos todos, tan complacientes fueron que cogieron al pequeño en brazos y lo llevaron hasta el mismo Parzán, les di las gracias por el favor que me habían hecho.

Cuando llegamos a Parzán nos instalamos en la cocina, pero cuando nos vieron, dijeron que allí no podíamos estar, porque era dónde comían los jefes, por lo tanto, cuando ellos llegaban, nos sacaban. Yo les dije que a las horas de comer saldríamos todos, y cuando marcharan ellos, volveríamos. No sé si por compasión o porque Dios quiso, se conformaron y así hicimos, cuando llegaban ellos a comer nos salíamos y a la noche dormíamos tranquilos acostados todos debajo de las mesas que eran bastante largas.

Al día siguiente de llegar, el pequeño se quedó dormido enseguida, pero me pareció que el sueño no era tranquilo, llamé al farmacéutico de Zaragoza, que venía con nosotros, me dijo que estaba agotado y deshidratado, y que si no tomaba algo no podría resistir, como era muy pesimista no lo creí, pero como llevaba una lata de leche condensada que había recogido en Fanlo, la abrí como pude, le preparé un vaso de leche, pero no hubo manera de que se tomara la leche, y se volvió a dormir. Al día siguiente vi un médico conocido y le dije lo que pasaba, lo vio y me dio una medicina que le fue muy bien, además del sueño que le duró casi todo el día.

El médico me dijo que procurásemos salir pronto de España, mejor enseguida, a los dos días emprendimos la marcha hacia Francia, como mi suegra no podía caminar, la pusieron en una artola, a un lado ella, al otro mi hija, como el peso no era igual, al pequeño en el centro haciendo de contrapeso, así llegamos a un sitio donde la caballería no podía pasar, entonces a mi suegra la colocaron en una manta y la bajamos arrastrando la manta por la nieve hasta llegar a un río, cogimos una senda de barro resbaladizo, hasta encontrarnos con mi suegra, nos encontramos con gente conocida, nos dieron algo de comer.

Ese mismo día, al atardecer, llegamos a la frontera con Francia, dónde nos vacunaron y nos instalaron a dormir en un almacén.

Clotilde Duch Campaña